

Conociendo que se acercaba el término de su peregrinación terrenal, rogó se le administrase en su entero juicio y entendimiento natural el Sacramento de la Extrema-Unción, que nunca había presenciado, y cuyas ritualidades desconocía. Enterado de ellas, ordenó que le lavasen las manos y le cortasen las uñas, y á D. Cristóbal de Mora que avisase á los Infantes D. Felipe y Doña Isabel Clara Eugenia para que asistieran á tan sublime acto, que tuvo lugar á las nueve de la noche del día 1.º de Septiembre, por mano de D. García de Loaisa, Arzobispo de Toledo.

Quedóse luego solo con su hijo D. Felipe, el Príncipe heredero, á quien dirigió estas notables palabras: *He querido, hijo mio, que os halléis presentes á este acto para que veáis en qué pára todo*, exhortándole á cuidar de la religión y defensa de la fe, á procurar buena administración de justicia, y á mirar por el bien de sus pueblos, para que en la hora de la muerte experimentase la misma tranquilidad de conciencia.

Preocupado con los detalles últimos, y cuidadoso de su entierro y funeral, hizo abrir y examinar el ataud de su padre, para que á él le amortajaran de la misma manera; recitó su protestación de la fe, que inserta Ludovico Brosio en el segundo tomo de sus obras; mandó á Ruiz de Velasco le trajese una caja que le había dado á guardar seis años antes en Logroño, y que encerraba dos velas y un Crucifijo que había tenido en las manos, al espirar en Yuste, su padre, el Emperador Don Carlos; dispuso que su ataud se fabricase de la madera sobrante de la cruz del Crucifijo grande del altar mayor, procedente de la quilla de un galeón portugués, llamado *Cinco Chagas*, arrinconado en el puerto de Lisboa; ataud forrado interiormente de raso blanco, y por fuera con tela negra de oro, una cruz de raso carmesí y clavazón dorada, que le llevaron de su orden junto á la cama, prohibiendo que le embalsamasen, y mandando que para atajar los malos olores que su cuerpo despedía, se le colocara en otro ataud de plomo, cerrado dentro del de madera.

Dos días antes de su muerte quiso despedirse y bendecir á sus dos hijos, abrazándolos tiernamente y dando nuevos consejos al Príncipe para que gobernase en justicia los dominios de su vastísima Monarquía. Manifestó á la Infanta el pesar que su alma experimentaba en no dejarla ya casada con su primo Alberto, cosa que tanto había deseado.

Otra vez, al día siguiente, quiso recibir de nuevo la Comunión, consuelo que le fue negado, según informe de los médicos, porque no podía ya tragar la Sagrada Hostia.

Llegado el último momento, que por encargo de los médicos le anunció D. Cristóbal de Mora, permaneció inalterable aquel varón de

fortaleza, mandó llamar á su confesor, á sus hijos, al Arzobispo de Toledo y al Prior del Monasterio. El Arzobispo le hizo elocuentísima plática, exhortándole á la confesión y protestación de la fe, á que contestó el moribundo: *Si, confieso y protesto*. Pidió que le leyesen la Pasión de Cristo, según San Juan, que oyó con profundo arrobamiento. Sobre la una de la madrugada, su confesor le dirigió otro cristianísimo discurso, y cuando se interrumpía, exclamaba el anciano penitente: *Padres, decidme más*. El médico Juan Gómez le recomendó que descansara algunos minutos, y contestó Felipe II: *Ya no es tiempo*.

Y, efectivamente, fijando los ojos en D. Fernando de Toledo, que tenía en sus manos el Crucifijo de Carlos V, besando repetidas veces la vela de la Virgen de Monserrat, oyendo las recomendaciones del alma que leía el Prior, arrodillados y llorosos todos los circunstantes, rindió su vida al Criador á las cinco de la mañana del 13 de Septiembre de 1598, cuando los primeros reflejos de la aurora teñían con sus arreboles las crestas de aquella sierra abrupta y casi salvaje, cuando el sol doraba las torres de El Escorial, y cuando las voces angustiadas de los monjes pedían á Dios misericordia para el ánima del poderoso y secular defensor del Catolicismo.

«Había nacido este gran monarca—dice uno de sus biógrafos—el 21 de Mayo de 1527; comenzó á reinar, por renuncia de su padre el Emperador, en 1556; principió á edificar el nunca bien ponderado Monasterio de San Lorenzo en 1583; logró ver poner la última piedra en 13 de Septiembre de 1584, y en el mismo día, catorce años después, y á los 71 años, tres meses y veintidós días de su edad, murió, después de una enfermedad tan larga, tan terrible y llena de padecimientos, que puede servir de ejemplo poderosísimo para probar cuán poco vale el mundo entero para aliviar la suerte del hombre en la enfermedad y en el sepulcro.»

Felipe II ha sido cruelmente calumniado por herejes, protestantes y libre-pensadores, de los cuales fué duro perseguidor en Europa. Ni como hombre, ni como padre, ni como esposo, ni como Rey les ha merecido ningún respeto su memoria; pero la crítica imparcial y serena comienza ahora á rehacer su historia, desempolvando documentos archivados tres siglos, para demostrar victoriosamente que el sucesor de Carlos V, ni fué fanático, ni ignorante, ni enemigo de las luces, ni mal padre, ni mal esposo, sino cerebro privilegiado que fomentó la enseñanza, premió liberalísimamente á todo género de artistas y sabios, fomentó grandes empresas, luchó con denodado valor contra todos sus enemigos, libró á Europa de caer bajo el sable de los turcos en Lepanto, y llenó á España de gloria inmortal, digan lo que quieran sus adver-

sarios en folletines y novelas, de que ninguna persona medianamente ilustrada hace caso.

No es esta la ocasión, ni se presta la índole de este libro, á refutar esa literatura cursi y populachera que, tan crudamente inspirada por la pasión política, ha pretendido ennegrecer una de las más grandes figuras de la historia española; pero ¡ojalá que, en armonía con la naturaleza de estos tiempos, que no transcurren en vano, tuviéramos otro Felipe III!

El Escorial en el reinado de Felipe III.

Después de solemnísimos funerales, fué depositado el cadáver de Felipe II entre los de su padre y de su última esposa Doña Ana de Austria, envuelto en una sábana, sobre sólo la camisa limpia, y pendiente del cuello, con un simple cordel, una cruz de palo sencilla, con arreglo á sus propias instrucciones.

Celebrado el entierro el día 15, Felipe III regresó á Madrid el 16, después de abierto y leído el testamento de su padre por Rodrigo Vázquez, Presidente del Consejo Real.

Por orden del nuevo Monarca se continuó la obra de dorar las estatuas de bronce del altar mayor y de los entierros reales, presenciando la colocación á fines de 1599 acompañado de toda su familia.

Felipe III contrajo matrimonio en Valencia con Doña Margarita de Austria, hija del Archiduque Carlos, Duque de Borgoña, y cuando regresó por primera vez á El Escorial, los monjes iluminaron todo el monumento, dando ocasión á que un cortesano exclamase de esta manera: *Está este edificio digna concha de tal Margarita.*

Este Monarca afirmó y regularizó la administración de los bienes propios del Monasterio, los cuales alcanzaron, bajo el priorato del P. José de Sigüenza, nombrado en 1603, su más alto grado de esplendor y de riqueza.

Por escritura de 19 de Junio de dicho año la Comunidad se hizo entrega de los dehesas de Campillo y Monasterio y de las demás fincas y posesiones, con arreglo á las siguientes bases:

- 1.^a Reservándose el Monarca la jurisdicción Real, pero dándosela al Alcalde Mayor de la villa por juro de tenencia.
- 2.^a Igual reserva de la caza mayor de todos los bosques, para divertimento de S. M.
- 3.^a Prohibición de tener ganados, segar hierba y coger bellota, pero

dando el Rey en equivalencia al Monasterio, 23.725 reales y 30 maravedises anuales, de las rentas de Aranjuez, cláusula que no se mantuvo en vigor más que un año, pero se concedió al convento acopiar 1.500 cabezas de ganado en vez del subsidio en dinero.

4.^a Que habría para custodiar la caza un Guarda Mayor, nombrado por el Rey, con 400 ducados, 50 fanegas de trigo y otras tantas de cebada, y dos guardas de á caballo y cuatro de á pie, pagados por el Monasterio y nombrados por el Prior.

5.^a Que la Comunidad había de suministrar durante las jornadas reales toda la leña indispensable para el servicio de la Corte.

6.^a Que en la Herrería, Dehesón y Las Radas no había de tener el Monasterio más de 800 reses vacunas, 800 cárneros y las caballerías necesarias.

7.^a Que la caza menor quedaría permitida á los monjes.

8.^a Que la Comunidad quedaba obligada á cumplir todas las cargas hasta entonces impuestas, y además dos aniversarios, uno por el Archiduque Wenceslao y otro por D. Juan de Austria.

9.^a Que el Guarda Mayor no podría ausentarse sin licencia del Prior.

Estas estipulaciones, que producían entonces al Monasterio una renta anual de 50.000 ducados, fueron aprobadas por Real cédula de 8 de Julio de 1603, confirmadas por Felipe IV más tarde á 20 de Octubre de 1621, por Carlos II en 20 de Septiembre de 1668, y así sucesivamente por todos los Reyes.

Y no eran sólo éstos los privilegios de que el Monasterio de San Lorenzo disfrutaba, pues ya Felipe II le había concedido el de la impresión de la Bula de Cruzada, tanto para vivos como para difuntos, para la Corte, reino de Toledo é Indias occidentales; el de imprimir y vender los libros del «Nuevo Rezado» en Castilla y en las referidas Indias; el de no pagar contribución por 15.000 cabezas de ganado merino; el de cobrar anualmente 300 fanegas de sal en grano; el de no pagar derechos de acarreo por ninguna cosa que llevase al Monasterio; el de sacar, sin derechos, al año, del reino de Valencia, cien arrobas de cera blanca; el de adquirir los mantenimientos sin aumento de precio y dejarlos llevar libremente; el de tener 50 yeguas de vientre que echar al garaanón; el de recoger todos los años en la Alhóndiga y Casa de Contratación de las Indias, de Lisboa, un quintal de pimienta, una arroba de clavo (especias), una de canela, una de jengibre, dos arrobas de incienso, 30 libras de benjuí de boñinas, 10 arrobas de azúcar, 12 de conservas; y al principio de cada tres años una caja de ropas, que se había de pasar por Elvas sin pagar derechos ni allí ni en Badajoz; al mismo tiempo que, por virtud de breves apostólicos, San Lorenzo estaba exen-

to de satisfacer diezmos por las fincas que poseía y por las que arrendare ó en lo porvenir adquiriese ó le regalasen.

A 4 de Marzo de 1603 había muerto el ilustre obrero Fr. Antonio de Villacastín, de más de 90 años de edad, siendo enterrado, como él había pedido, delante de la puerta de su celda, y sobre cuya lápida se lee la siguiente inscripción funeraria:

FR. ANT. DE VILLACASTIN
HUJUS REGIÆ FABRICÆ
PRÆFECTUS:
HIC ANTE JANUAM CELULÆ SUÆ
SEP,
OBIIT NONAGENARIUS
IV DIE MARTII ANNO
1603

Felipe III regaló al Monasterio 222 vasos hechos de diferentes metales y piedras preciosas, conteniendo gran número de reliquias; y en este verdadero tesoro sobresalía una estatua en traje oriental, llamada *La Mora*, que representaba la ciudad de Mesina, que se le había enviado á Felipe III. Alcanzaba una altura de vara y media, todo de plata, con peso de 220 libras, y hallábase adornada de corona, collar y ceñidor de oro, cuajado de rubies, perlas y diamantes de un valor incalculable.

El nuevo Prior, Sigüenza, había renunciado su cargo; pero Felipe III volvió á elegirle, aunque no para mucho tiempo, pues falleció á los diez y siete días, el lunes después de la Santísima Trinidad, 22 de Mayo de 1606, siendo sepultado junto á la iglesia vieja, debajo de una lápida que dice así:

HIT DORMIT QUI SEMPER VIGILAVIT
R. P. E. JOSEF DE SIGÜENZA
HUJUS R. OCENNOBII
P. DISCIPLINE MONASTICE

De este ilustradísimo religioso, cuyo retrato se conserva hoy en la Biblioteca principal de San Lorenzo, está hecho el más cumplido elogio con estas palabras de Felipe II:

Los que vienen á ver esta maravilla del mundo, no ven lo principal que hay en ella si no ven á Fr. José de Sigüenza, que según lo merece, durará

su fama más que el mismo edificio, aunque tiene tantas circunstancias de perpetuidad y firmeza (1).

Por esta época, Pedro de Lara, capitán de las galeras de España en el Mediterráneo, apresó en las aguas de Berbería, junto á Zalé, dos navíos que encerraban la recámara de Muley-Zidán, Rey de Marruecos, y con ella su biblioteca, que se componía de más de 4.000 manuscritos árabes, turcos y persas, de todas clases y materias. Suplicó la devolución el soberano marroquí; mas Felipe III impuso, como condición precisa para otorgarla, que habían de recobrar á cambio su libertad todos los cristianos cautivos en los dominios de Marruecos; y no habiendo podido Muley, aunque lo intentó, llevar á cabo este rescate por la guerra civil de su país, algunos años más tarde fueron llevados á El Escorial aquellos preciados manuscritos, por conducto de Francisco Gurmendi, con carta-orden de Felipe III, fechada en Madrid á 6 de Mayo de 1614.

En San Lorenzo, á 22 de Septiembre de 1611, nació el Infante Don Alonso Mauricio; pero á los pocos días, el 3 de Octubre siguiente, murió la Reina Doña Margarita, víctima de incurable calentura puerperal.

Celebradas en Burgos, el año 1616, la boda del Príncipe heredero, D. Felipe, con Doña Isabel de Borbón, hermana del Rey de Francia, el cual también se casaba con la Infanta española Doña Ana, volvió toda la familia á El Escorial, donde fueron recibidos con magníficas iluminaciones.

Aquí firmó Felipe III dos decretos importantísimos de carácter político: uno, desterrando á su famoso ministro universal D. Francisco de Sandoval y Rojas, Duque de Lerma; y otro, ordenando la prisión del valido D. Rodrigo Calderón, Marqués de Siete-Iglesias y Conde de la Oliva, luego decapitado en la Plaza Mayor de Madrid el día 21 de Octubre de 1621.

Felipe III comenzó las obras del actual Panteón de los Reyes, encomendando la dirección de ellas á Juan Bautista Crescencio, hermano del Cardenal del mismo nombre, y la ejecución material de los trabajos al maestro vizcaíno Pedro Lizargarate; pero, cuando, al cabo de dos años, estaba cubierta la cripta de mármol hasta el nacimiento de la cúpula, terminadas algunas urnas sepulcrales y dorados gran parte de los bronces, quedó la obra suspendida por muerte de Felipe III, á consecuencia de una erisipela maligna, á 31 de Mayo de 1621.

(1) Había nacido en Sigüenza el año de 1544. Bastante buen poeta, compañero de Fr. Luis de León, escribió la *Historia de la Orden de San Jerónimo*.

En el reinado de Felipe IV.

Se inauguró este reinado con graves disgustos para la Comunidad de San Lorenzo, pues deseando Felipe IV edificar en las cercanías de Madrid un Palacio ó sitio de recreo, con fuentes, estanques y jardines, que luego fué el Buen Retiro, el famoso Ministro D. Gaspar de Guzmán, Conde-Duque de Olivares, propuso construirlo en la dehesa del Campillo, arrebatándosela á los frailes de El Escorial; mas el Prior Fray Martín de la Vera salió á la defensa del Monasterio, y, movido larguísimo pleito sobre el particular, llegó á manos del Rey para sentenciar.

Cuéntase, con este motivo, que Felipe IV, resistiendo los consejos del Conde-Duque, se cogió un puñado de la ropa que llevaba puesta y le contestó estas palabras: *Desengáñate; esas haciendas son de los religiosos, como este capote es mio*; con lo cual todo quedó terminado.

El año de 1623 vino á España el Príncipe de Gales, Carlos Stuardo, á fin de concertar su enlace con la Infanta Doña María, hermana de Felipe IV; matrimonio que no pudo llevarse á cabo por la diferencia de religión, pues aquel Príncipe era protestante, y á causa también de la formidable oposición de ambas naciones.

Felipe IV le acompañó á ver El Escorial, donde permanecieron hasta el 12 de Septiembre en que el Príncipe se despidió para Inglaterra (1).

Hasta el año 1649 ocurrieron los fallecimientos sucesivos del Infante Cardenal D. Fernando, de la Reina Doña Isabel de Borbón, primera mujer de Felipe IV, del Infante D. Alonso Mauricio y del Príncipe heredero D. Baltasar Carlos.

En dicho año contrajo Felipe IV segundas nupcias con Doña Mariana de Austria, hija del Emperador Fernando III, y la acompañó por primera vez á El Escorial, donde se la dispensó un recibimiento suntuosísimo, iluminando el Monasterio con 11.514 vasos de colores, espec-

(1) Fué hijo de Jacobo I: nació en 1600, subió al trono de Inglaterra, con el nombre de Carlos I, en 1625; emprendió, con mal éxito, dos expediciones contra Francia y España; quiso imponer á sus vasallos una nueva liturgia y erigirse rey absoluto; convocó, en 1641, el Parlamento llamado *Largo*, que volvió los ejércitos contra él; guerreó contra los Parlamentos de su país, hasta que perdió la batalla de Naseky; y habiendo sido entregado á los escoceses, entre los que había buscado asilo, fué condenado á muerte y decapitado el 9 de Febrero de 1649, sucediéndole, á título de Protector de la República, el célebre Oliverio Cronwell.

táculo tan maravilloso, que dió lugar á que el embajador de Turquía, allí presente, exclamase: *No sé por qué el Rey de España no pone entre sus títulos el de Rey de El Escorial, porque indudablemente ésta es la más rica joya de su corona.*

Continuaban en suspenso las obras del Panteón, tanto por falta material de recursos, como por las naturales dificultades que ofrecía la carencia de ventilación y de luz, y sobre todo, por haberse inundado con las aguas que fluían en un sitio tan profundo, de un manantial inesperado.

Mas todas estas dificultades pudieron salvarse, merced al talento del Vicario Fr. Nicolás de Madrid, dándose principio á la nueva obra el día 1.º de Noviembre de 1645, con arreglo á los planos del Arquitecto Mayor Alonso Carbonell, y encomendándose los trabajos al marmolista toledano Bartolomé Zumbigo. Dióse salida á las aguas, que llenaban aquel recinto, por cañerías situadas debajo del pavimento, y se facilitó luz abriendo una gran ventana, que la recibe del patio de *Los Mascarones* ó del *Mango de la Parrilla*, gastándose en todo la suma de 1.099.058 reales y 27 maravedises.

El año de 1651 se habilitó también el Panteón de Infantes, que, hasta ahora que se ha hecho otro nuevo, ha servido para conservar los cuerpos reales de las personas que no debían depositarse en el Panteón principal.

Felipe IV dió, á 12 de Marzo de 1654, las instrucciones escritas que habían de observarse en la traslación y colocación de aquellos venerandos restos mortales, notándose al abrir el ataúd del Emperador Don Carlos, que su cadáver, al cabo de 96 años, se conservaba entero, aunque un poco destruida la punta de la nariz, con la ropa blanca interior sumamente limpia, envuelto en finísimos lienzos y rodeado de floridos romeros y tomillos olorosos, en que tanto abundan las inmediaciones de San Jerónimo de Yuste.

A vista de semejante espectáculo, Felipe IV dijo á su primer ministro, D. Luis de Haro: *¡D. Luis, honrado cuerpo!—Sí, Señor, muy honrado.* Este cadáver estuvo expuesto al público hasta el día de la traslación, á fin de que las gentes contemplasen los despojos del soberano más poderoso de la tierra durante el siglo XVI (1).

(1) En diferentes ocasiones posteriores ha sido abierta de nuevo la urna del Emperador, la última en presencia de D. Alfonso XII. Nosotros tenemos una fotografía tomada del cadáver en dicho acto. El Emperador se halla momificado y tan entero como en 1654, dentro de los lienzos que le sirvieron de mortaja, y los siglos no han destruido las facciones del héroe de Pavía, que duerme el sueño de la eternidad en los cimientos de El Escorial.

Omitimos describir la pompa funeraria con que el traslado de los Reyes se llevó á cabo, y sólo diremos que Felipe IV, para demostrar lo muy satisfecho que quedaba de las obras del Panteón, aquella misma tarde, la del 16 de Marzo, nombró Obispo de Astorga al inteligentísimo Vicario-Obrero Fr. Nicolás de Madrid; concedió una pensión de 1.000 ducados anuales, sobre el Obispado de Avila, al predicador en las honras fúnebres, Fr. Juan de Avellaneda, y otra de 200 en el Obispado de Astorga á los legos Fr. Eugenio de la Cruz y Fr. Juan de la Concepción, que tanto se habían distinguido en el trabajo de los adornos de bronce.

Las necesidades del Monasterio habían crecido de tal manera, que ya á fines del reinado de Felipe II ascendía su deuda á 292.100 ducados: Felipe IV aumentó sus rentas en diferentes conceptos y le concedió otra anual de 13.200 ducados sobre el repartimiento de indios de Guailas, Chuquitanta, Conchucos y otras comarcas del Perú, al mismo tiempo que regalaba profusión de cuadros y pinturas al óleo para la Sacristía, Salas Capitulares y diferentes sitios del Monasterio, como igualmente reedificaba los chapiteles de dos torres incendiadas por los rayos en 1642 y 1650, y llevaba á cabo multitud de reformas, como la de poner ventanas en los claustros alto y bajo, en los cuales se deterioraban los frescos por falta de semejantes resguardos.

Citase entre todas las alhajas regaladas por Felipe IV, una custodia en forma de sol, de plata sobredorada, sembrada de diamantes y de perlas, custodia de vara y media de diámetro, y de la que, como de otros muchos tesoros, nos despojaron los franceses en 1810.

Después de acabados los Panteones de Reyes é Infantes, los primeros entierros que se verificaron fueron los de los Infantes D. Fernando, Doña María Ambrosia y D. Felipe Próspero, hijos de Felipe IV y de su primera mujer Doña Isabel de Borbón.

El 17 de Septiembre de 1665 murió el Rey Felipe IV, y su cadáver, que no hubo necesidad de llevar al pudridero por haber sido perfectamente embalsamado, fué metido en la urna más baja del lado del Evangelio.

En el reinado de Carlos II

Este infeliz Monarca subió al trono á los siete años de edad, bajo la tutela de su madre, la Reina viuda Doña Mariana de Austria.

Los comienzos de este reinado no pudieron ser más desastrosos para El Escorial, pues á 7 de Junio de 1671, por haberse prendido fuego una

chimenea del Colegio, estuvo á punto de desaparecer todo el edificio, que quedó casi desmantelado por un incendio que duró quince días, durante los cuales parecía el Monasterio una ciudad entregada á los horrores de una plaza que ardiese por sus cuatro costados.

La Reina Regente, á 3 de Julio del mismo año, ordenó acudiesen las gentes de los pueblos inmediatos, provistas de útiles y herramientas necesarios para escombrar el edificio, y así empezaron las obras de reparación, teniendo que habitar los monjes en la Compañía por haber quedado sus celdas destruidas.

El Arquitecto Mayor, D. Gaspar de la Peña, y el aparejador D. José del Olmo, tasarón definitivamente el importe de los reparos en 800.000 ducados, cantidad que, por su penuria, el Tesoro público no podía gastar; pero la Reina Gobernadora mandó vender una de sus mejores joyas, á cuyo valor se unió 15.000 ducados que los frailes recibieron de América, y con todo lo cual se pudo atender á los primeros reparos del edificio, cubriendo los tejados. Entonces nombró la Reina una Junta de obras, compuesta del Inquisidor general, del Duque del Infantado, del Mayordomo Mayor de Palacio y de otros miembros de los Consejos, los cuales propusieron la descabellada idea de que, para llevar á cabo las obras de reparación sin gravar al Erario, se ejecutasen los reparos sucesivamente con sus productos, y se diseminasen, entre tanto, los monjes en otros conventos de la Orden, proposición que la Reina Gobernadora desechó en el acto, nombrando al Prior, Superintendente general para entender en la realización de su proyecto.

Y sucedió que al siguiente año; en 29 de Mayo de 1672, fué nombrado y confirmado Prior de El Escorial, el P. Fr. Marcos de Herrera, hombre de carácter y conocimientos nada vulgares, á quien la Reina dirigió estas palabras: *El Rey, mi hijo, os ha elegido en Prior de aquel convento, aunque sois tan mozo (44 años), por los informes que tiene de que sólo vos podréis con vuestra actividad hacer reparar aquella casa de lo que abrasó el incendio, como él y yo fiamos de vos.* Posteriormente, en 8 de Junio del mismo año, le confirmó en el cargo de Superintendente y le nombró vocal de la Junta de obras, con amplísimas facultades. Fr. Marcos de Herrera supo luchar valientemente con sus envidiosos rivales de la Junta, y propuso que se tomaran á censo 150.000 ducados, obligándose la Comunidad á pagar los 100.000, hipotecando sus haciendas, á condición de que el Real Patrimonio satisficiera los intereses del préstamo, y de que los otros 50.000 ducados se pagasen con las rentas de la dehesa de los Guadalupeš, desde un principio afectas á la fábrica de San Lorenzo; pero los cortesanos enemigos del Prior, en la Junta, y en Palacio, le suscitaron tantas y tan grandes contrariedades, que sólo pudo

vencerlas su grandeza de alma, logrando de la Reina licencia para tomar parte del dinero pedido á censo, comenzando las obras en Octubre de 1672, bajo la dirección del arquitecto Bartolomé Zumbigo, teniendo por aparejador á Cristóbal Rodríguez, natural de Valdemoro, y por obrero y pagador á Fr. Diego de Valdemoro, de gran inteligencia en estos asuntos.

El ánimo más sereno se entristece al considerar el cúmulo de miserias, enredos y bajezas cometidos por la Junta de obras para desacreditar al Prior ante la Reina, y de que sólo había de triunfar la honradez de aquel virtuosísimo monje, que al cabo siempre hallaba protección contra sus enemigos ante la Gobernadora, á pesar también de la solapada aparición del favorito Valenzuela.

Por entonces llegó á El Escorial, y se colocó en la torre de la izquierda del patio de los Reyes, un magnífico órgano de campanas, mandado hacer en Flandes por D. Juan Domingo de Haro y Guzmán, Conde de Monterrey y Gobernador de los Países Bajos, y cuyas campanas eran 32, fundidas y atonadas por Melchor de Haca, las cuales vinieron embarcadas al puerto de San Sebastián, adonde fué á recibir las Fr. Martín de Esparza, pagando por la conducción, en carretas, hasta San Lorenzo, más de 50.000 reales.

En 1676 quedó totalmente acabada la obra de reedificación exterior, y en el otoño fué el Rey por primera vez á El Escorial, celebrando la Comunidad muchas y muy entretenidas fiestas para agasajarle.

Cuéntase que el Rey se complacía con el trato de los frailes, y que algunas noches solía decir al Conde de Benavente, que le acompañaba: *Conde, vamos á hacer la ronda*; y se metía por las celdas, principalmente en la del Prior, quitándole de los cajones cuántas golosinas encontraba, para repartirlas luego á los monjes y á los criados de Palacio.

Para una de esas rondas nocturnas tuvo la ocurrencia de mandar á su pintor de cámara, Juan Carreño Miranda, que dibujase, colorida, sobre pequeña placa de cobre, la figura de una mujer joven y hermosa, que el Rey metió, con disimulo, en una cartera que el Prior guardaba en los cajones de una mesa. Pasados algunos momentos, volvió el Rey á la celda prioral, sacó del cajón la cartera y el retrato, preguntando qué significaba aquello; y calcúlese el asombro y el aturdimiento de Fray Marcos de Herrera, hasta que D. Carlos y los circunstantes soltaron la risa y explicaron al Prior la broma de que se le había hecho objeto.

Uno de los sucesos más graves y ruidosos de aquella época en El Escorial fué el incidente ocurrido con motivo de la prisión de D. Fernando Valenzuela, Marqués de Villasierra y antiguo paje de la Reina Madre.

Estando el Rey en Madrid recibió el Prior un aviso suyo el 17 de Diciembre de 1676 para que se presentase en Palacio.—*Te llamo*—le dijo D. Carlos asustado—*porque no tengo de quién fiarme sino de tí: quiero que te lleves á El Escorial á Valenzuela, y lo salves.* Conociendo el Prior la debilidad de carácter de aquel Monarca, le prometió hacerlo así, pero suplicándole se lo ordenase por escrito; y el Rey le dió la siguiente carta autógrafa: «EL REY: Venerable y devoto Fr. Marcos de Herrera, Prior del convento Real de San Lorenzo: En caso que Don Fernando Valenzuela, Marqués de Villasierra, vaya á ese convento, os mando le recibáis en él y le aposentéis en los aposentos de palacio que se le señalaron cuando yo estuve en ese sitio, asistiéndole con todo cuanto hubiese menester para la comodidad y seguridad de su persona y familia y para lo demás que pudiese ofrecérsele con el particular cuidado y aplicación que fío de vos; en que me haréis servicio muy grande. De Madrid á 23 de Diciembre de 1676.—YO EL REY.»

Al día siguiente el Prior, no sin peligro, llegó á San Lorenzo acompañando á Valenzuela, que luego hizo ir á su esposa Doña María de Uceda, á sus hijos y familia, quedando, al parecer, seguro contra las persecuciones de los partidarios del Infante D. Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV.

Mas el 17 de Enero de 1677, un escuadrón de 500 caballos, mandado por el Duque de Medina-Sidonia, á quien acompañaban D. Antonio de Toledo, hijo del Duque de Alba, el Marqués de Falces, D. Luis de Peralta, el Conde de Fuentes, el Marqués de Valparaíso con su hermano y D. Bernardino Sarmiento, capitán de la artillería de Cataluña, sitió el Monasterio, metiendo los caballos en el Seminario y convirtiendo bárbaramente en cuadras el atrio y las aulas bajas.

Reclamaron del Prior les entregase á Valenzuela, petición á que se negó rotundamente, mostrando la orden del Rey en que se le mandaba ampararle y protegerle.

Inútiles todas las amenazas, solicitaron aquellos nobles tener una entrevista con Valenzuela, que tuvo lugar en el primer plano de la capilla Mayor á presencia de toda la Comunidad, cerradas las puertas, excluidos del templo los soldados, y no asistiendo de los partidarios del de Austria sino el Duque de Medina-Sidonia y D. Antonio de Toledo, á quien Valenzuela echó en rostro su ingratitud por tantas mercedes como le había dispensado; palabras que merecieron del Duque de Medina-Sidonia esta honrada y caballerosa declaración: «*Confieso que si conmigo se hubiera hecho eso, nunca faltaria al lado de V. E.*»

No habiendo resultado avenencia en esta entrevista, el Prior se retiró con Valenzuela, á quien ocultó en un escondrijo á espaldas de la

iglesia y encima del dormitorio del Rey, donde se le puso cama y se le facilitó abundante repuesto de ropas, víveres, vinos y hasta conservas, frutas, pastas, escabeches y todos los útiles necesarios para la vida.

Estrecharon los conjurados el bloqueo contra el Monasterio, cometiéndolo todo género de abominaciones en el templo á fin de conseguir domar la varonil entereza del P. Herrera, el cual, agotados todos los medios de persuasión, acompañado de los doce monjes más ancianos, consumió el Santísimo Sacramento, y haciendo uso de su autoridad, *vere nullius* y casi episcopal, pronunció contra el Duque de Medina-Sidonia, contra D. Antonio de Toledo y todos sus cómplices el último y más terrible anatema de la Iglesia, ó sea la excomunión á mata-candelas, cesando desde aquel instante, con todas las formalidades del ritual, el culto divino en aquel majestuoso santuario.

Buscaban á Valenzuela sus perseguidores y no podían encontrarle; pero en la noche del día 21, al oír cerca de su escondite un pelotón de soldados, se apoderó de su ánimo tal desaliento, que, creyéndose perdido y sin reflexionar el gran peligro á que se exponía, hizo una cuerda con las sábanas y se descolgó por el empizarrado á entrar en el camaranchón de Monserrat, saliendo luego al claustro principal alto, donde halló un centinela que le conocía de vista, y que, condolido de su suerte, le dijo: «*Vaya V. E. con Dios, quien le guie y favorezca en aflicción tanta. La contraseña, Bruselas.*»

Pero el desgraciado Marqués, cada vez más aturrido y poco conocedor del edificio, fué á golpear la puerta del dormitorio de los monjes jóvenes, á quienes pedía salvación. Eran éstos cuarenta, y le llevaron hacia la Biblioteca, escondiéndole en un pequeño vano de la celda de Juanelo (1), poniendo delante un cuadro para ocultar el agujero; mas un criado del convento, por nombre Juan Rodríguez, lo delató, y á la siguiente mañana fué sacado de su refugio á medio vestir, siendo conducido al aposento del Duque de Medina-Sidonia, que más caballero y humano que D. Antonio de Toledo, le trató con amabilidad y cortesanía, llevándole preso, por orden de D. Juan de Austria, al castillo de Consuegra, provincia de Toledo (2).

El despiadado D. Antonio de Toledo se mostró duro y descortés con

(1) Llamada así por un retrato de este famoso arquitecto, que todavía dura sobre la puerta de entrada de dicha celda.

(2) Valenzuela fué desterrado á Filipinas, pasó luego á Méjico, donde murió en la mayor miseria. Su infeliz esposa, Doña María de Uceda, que tanto le amaba, residió algún tiempo en Talavera de la Reina; perdió la razón y falleció en Madrid, también miserablemente, conocida con el nombre de la *Loca de Leganitos*.

la esposa de Valenzuela, enferma en cama y en cinta, registrando, con grosera falta de pudor, hasta la cama en que dicha señora se encontraba, y robándola, no sólo las alhajas y muebles preciosos que tenía, sino hasta las ropas de su uso particular.

Vinose el Prior á Madrid para reclamar justicia contra tamañas violencias, y cuéntase que el Rey, al verle, le dijo sonriéndose: «*Qué, ¿le cogieron?* — *Le cogieron, sí, Señor,* contestó corrido y avergonzado el Prior. — *¡Válgame Dios! ¿Qué le movió á salir de allí? Dime,* añadió aquel pobre Rey; *¿y la esposa de Valenzuela?* — *Se ha venido ya á Madrid, y yo, Señor, me atrevo á suplicar á V. M. se digne ampararla á ella y á su desgraciado esposo.* — *A él, no; á su mujer, sí.* — *Señor, ¿y será posible que se olvide V. M. de su desgraciado Ministro?* — *¡Creerás que ha habido una revelación de una sierva de Dios, en que daba á entender que habian de prender á Valenzuela en El Escorial!* — El virtuoso Prior le contestó: *Mas bien será una revelación del demonio que no de Dios; y no crea V. M. que defiendo á Valenzuela por interés, pues jamás he recibido de él sino esta pastilla de benjuí.* — *Aparta... aparta,* dijo el Rey asustado y haciéndose cruces, *no la traigas contigo, que será un hechizo, un veneno.*

Todavía el buen Prior, que efectivamente no debía á Valenzuela sino el que éste quiso despojar de sus fincas al Monasterio, fué á implorar misericordia al mismo D. Juan de Austria, encargado del Gobierno y que ya se había incautado de 32.000 doblones, valor de las alhajas quitadas ó robadas á Valenzuela en El Escorial por D. Antonio de Toledo. El bastardo amenazó á Fr. Marcos de Herrera para que entregase más alhajas que se suponía ocultaba; prendieron al Regalero del convento como presunto encubridor de dicha ocultación; registraron el Nuevo Rezado de Madrid, y fué á San Lorenzo el Padre general de la Orden de San Jerónimo, que residenció al Prior y registró todos sus papeles en busca de aquellas ilusorias alhajas, que nunca vió el honrado Padre Marcos de Herrera.

Entretanto la excomunión fulminada y luego aprobada por Su Santidad, seguía pesando sobre los abominadores del templo; y sólo á repetidas instancias del Rey consintió el Padre Santo en levantar aquella pena, á condición de que los excomulgados construyesen en la iglesia de El Escorial una capilla suntuosísima.

El infeliz Carlos II consiguió redimir la multa, dando él, en equivalencia, una joya riquísima, consistente en una caja de reloj de plata sobredorada, con delicada filigrana, esmaltada de turquesas, crisólitos, amatistas, granates y esmeraldas, regalo de su tío el Emperador Leopoldo, y cuya altura era de más de diez pies, luego robada, en 1810, por las tropas de Napoleón.

La ceremonia de levantar á los excomulgados el anatema se verificó por el Nuncio en la iglesia de San Isidro el Real de Madrid, presentándose todos á la puerta humildemente, descalzos, sin capas y puesta una camisa sobre la ropilla para meterlos uno á uno á empellones en el templo.

Así terminó esta ruidosísima causa, que aun trajo para el Prior largo cortejo de injustos atropellos, los cuales no acabaron para él hasta que murió D. Juan de Austria el día 17 de Septiembre de 1679.

Carlos II dejó en El Escorial memoria imperecedera con una obra de que vamos á hacer brevísimos sumario.

Habían profanado los protestantes de los Países Bajos la catedral de Gorcamia, ciudad de Holanda, pisoteando las Hostias consagradas. En una de ellas, la que se conserva en San Lorenzo, se hicieron tres roturas circulares con los clavos de los zapatos, y de ella saltó la divina sangre del Salvador. Uno de los herejes, arrepentido de su crimen, dió cuenta del milagroso suceso al Dean, Juan Vander Delpest, y ambos la recogieron y la llevaron al convento de religiosos franciscanos de la ciudad de Malinas, más tarde trasladada á Viena, hasta que Doña Margarita de Cardona consiguió que esta Santa Forma fuese regalada á Felipe II en 1592 por Rodolfo II, Emperador de romanos y Rey de Hungría y Bohemia.

Carlos II, que tenía grandísima devoción á esta preciosa reliquia, mandó colocarla en un altar que había en el testero de frente á la puerta de entrada de la sacristía, altar en que estaba el famoso cuadro de Rafael denominado *La Perla*, y que ahora se contempla en el Museo de Madrid.

La Santa Forma fué trasladada al referido altar el día 19 de Octubre de 1680, acompañada procesionalmente por el Rey, la Real familia y por todos los grandes de su cámara.

Mas deseando Carlos II construir otro altar mejor y más digno de la Sagrada Reliquia, empezóse el que ahora existe y que á su tiempo describiremos, el año de 1684, con arreglo al diseño de D. José del Olmo, y encargando los adornos de bronce al artista italiano D. Francisco Filipini, relojero del Palacio Real.

El famoso cuadro que cubre la custodia en este altar incomparable, que es un verdadero portento de arte y de belleza, lo encomendó Carlos II á su pintor de cámara, el célebre Claudio Coello, que empleó seis años en este trabajo; refiriéndose que, impaciente el Rey por tanta tardanza, dijo un día á Coello: *Si yo hubiera encargado el cuadro á Jordán, ya hubiera pintado una docena*; y cuentan que el ilustre artista le replicó de esta manera: *No lo dudo, Señor; pero el mio valdrá por todos los de Jordán.*

El sábado 12 de Febrero de 1689, entre ocho y nueve de la mañana, falleció la Reina Doña María Luisa de Orleans, y su cadáver fué colocado en la quinta urna del Panteón, al lado de la Epístola, no obstante haber muerto sin sucesión.

Pasado poco tiempo, el Rey, todavía joven, pero raquíico y achacoso, concertó nuevo matrimonio con Doña María Ana de Neoburg, hija del Elector Palatino del Rhin, Príncipe Felipe Guillermo. Fué ajustado en Viena á 28 de Julio de 1689, ratificado en Neoburg, sobre el Danubio, á 28 de Agosto por el padre de la novia, y en Madrid por Carlos II el 21 de Septiembre.

Los Reyes asistieron á la inauguración del nuevo altar de la Santa Forma en la sacristía, siendo recibidos procesionalmente en el pórtico del templo por las tres comunidades, Convento, Colegio y Seminario, que entonaban el *Te-Deum*, iluminando aquella noche el edificio con 36.000 luces que reflejaban sus llamas sobre los bosques inmediatos.

Celebróse la traslación de la Santa Forma al nuevo altar, con soberbia pompa y grandísimos festejos religiosos, que omitimos en gracia de la brevedad, el 29 de Octubre de 1689, día de los Santos Apóstoles San Simón y San Judas, cumpleaños de la Reina.

Las bóvedas de la iglesia, escalera principal y antesacristía estaban entonces estucadas de blanco, con fajas y estrellas azules; pero la acción de un siglo transcurrido, y más que nada el humo del último terrible incendio, las había estropeado lastimosísimamente, y á Carlos II se le ocurrió la feliz idea de mandarlas pintar al fresco, encargando esta comisión al famoso Lucas Jordán, que lo hizo á maravilla y en breve tiempo, recibiendo en pago de su magnífico trabajo 200 escudos de oro mensuales, y después mercedes muy señaladas, tanto para él como para sus hijos y familia.

Aun debió más El Escorial á la regia munificencia de este Monarca, puesto que le regaló una estatua de San Lorenzo, con sus parrillas, una de cuyas barras había formado parte de aquellas en que el ínclito mártir español fué tostado. Pesaba la estatua 18 arrobas de plata y 18 libras de oro. También regaló una custodia de plata sobredorada, de enormes dimensiones, á que llamaron *El Pantallón*, que semejava el águila coronada de dos cabezas, símbolo de las armas de Austria; y para embellecimiento de las habitaciones más señaladas donó varios y excelentes cuadros del Dominiquino, de Carreño, de Albano, de Velázquez y de Jordán, así como para comodidad de las tropas en las jornadas mandó construir el grandioso cuartel de caballería, cuyas ruinas venerables se ostentan junto á la primera Casa de Oficios.

La Reina Madre, Doña María Ana de Austria, falleció en Toledo

el 16 de Mayo de 1699, y su cadáver, trasladado al Regio Panteón, fué colocado, según lo había dispuesto su esposo Felipe IV, al lado de la Epístola; tres años más tarde se abrió la urna en presencia de Carlos II, y se halló el cadáver perfectamente conservado.

La flaca naturaleza del Rey, su poquedad de espíritu y los terrores de hechizamiento en que le había hecho creer su confesor Froilán Díaz, acabaron con la vida de aquel infeliz Monarca el día de Todos los Santos, 1.º de Noviembre del año 1700, sin sucesión directa, dejando en su testamento la corona de España al Duque de Anjou, luego Felipe V, terminando así entre nosotros la dinastía de Austria para dejar su puesto á la familia de los Borbones.

En el reinado de Felipe V

A la muerte de Carlos II surgió en España la guerra de sucesión, que duró trece años, entre los partidarios del Archiduque Carlos de Austria y los de D. Felipe de Borbón. Ambos eran nietos de dos hermanas de Felipe IV; pero el Duque de Anjou lo era de la mayor de las dos, y además de este mejor derecho de familia, contaba con el del testamento otorgado en su favor por Carlos II.

El nuevo Rey, Felipe V, llegó á Madrid, é hizo su entrada solemne por la puerta de Alcalá el 18 de Febrero de 1701, apresurándose el Prior de El Escorial á felicitarle por su venida, así como por su matrimonio con Doña María Luisa Gabriela, hija segunda del Duque de Saboya, celebrado en 27 de Diciembre de aquel año.

La guerra comenzó desfavorablemente para Felipe V; el Marqués de las Minas, jefe de los austriacos, estableció su cuartel general en las dehesas de Campillo y Monasterio, pertenecientes á El Escorial, y el Prior consultó al Rey qué haría la Comunidad, atenta á la fidelidad que le había jurado, si los enemigos intentasen penetrar en el edificio, á lo cual contestó Felipe V de esta manera: *Si se presentasen los enemigos, daréis la obediencia al Archiduque en los términos más comedidos que podáis, con lo que se contendrán; sin que por esto sea visto dudo yo de la fidelidad y amor que me profesáis.*

El día de San Juan, 24 de Junio, algunos jefes austriacos se presentaron á visitar el Monasterio, y se condujeron caballerosamente, al revés que con el famoso Alcázar de Toledo, rodeando á San Lorenzo de centinelas para impedir que la soldadesca cometiese ningún género de abusos y desmanes.

La Reina entre tanto se retiró á Burgos con todos los tribunales, y

el Rey se detuvo en Sopetrán, hasta que le llegaron refuerzos de Francia. El ejército enemigo penetró en Madrid el 25 de Junio, pero tan entregado á la crápula, que llegó á tener en los hospitales 600 enfermos de venéreo, todo lo cual permitió á Felipe V rehacer sus fuerzas y ganar en 23 de Abril de 1707 la famosa batalla de Almansa, que puede asegurarse afianzó en sus sienes la corona de España.

Con estos triunfos coincidió á poco el nacimiento del Príncipe heredero, D. Luis Felipe, cuyo natalicio fué celebrado con tanto regocijo en El Escorial, que un pobre monje, llamado Fr. Juan de Santa María, se volvió loco en el acto, gritando continuamente durante doce años que vivió: *¡Viva el Príncipe; Dios nos le guarde!*

Nuevamente le fué adversa la suerte á Felipe V en las batallas de Almenara y Zaragoza, viéndose la Reina y la Corte obligadas á salir de Madrid con dirección á Valladolid. Llegaron á media noche á El Escorial, donde no los esperaban; hubo que improvisar camas á toda prisa en Palacio, y se cuenta que, cuando la Reina fué á buscar la suya, la encontró ocupada por la célebre Princesa de los Ursinos, retirándose la Soberana á pasar la noche sentada sobre unos colchones, teniendo á su hijo en los brazos.

Terminada la guerra con las batallas de Villaviciosa y Brihuega, Felipe V quedó dueño de España.

Esta dicha fué amargada con la muerte del general Luis José, Duque de Vandome, hijo natural de Luis XIV de Francia, ocurrida en un pequeño pueblo del reino de Valencia en Mayo de 1712, víctima de fulminante apoplejía, causada por el abuso de comer ciertos mariscos. Hicieronle honores de Infante, y por privilegio especial fué depositado en el panteón de esta clase en El Escorial.

A 23 de Septiembre de 1713 nació el Infante D. Fernando, que luego reinó en España con el nombre de Fernando VI, pero tísica ya la Reina María Luisa Gabriela de Saboya, murió á los 25 años de edad, el 14 de Febrero de 1714, siendo embalsamado su cuerpo y depositado en el Panteón Real.

En 16 de Septiembre del mismo año ajustó Felipe V nuevas nupcias con Doña Isabel de Farnesio, cuyo matrimonio produjo la caída y destierro de la Princesa de los Ursinos.

De este segundo enlace de Felipe V nació en 20 de Enero de 1716 el Príncipe que más tarde fué el Rey Carlos III.

Felipe V solía decir refiriéndose á El Escorial: *En tanto tengo yo el ser patrono de aquella casa, como mi corona;* mas estas palabras no estuvieron nunca en armonía con su conducta. Jefe de la nueva dinastía de los Borbones en España, y sintiendo, si no odio, falta de simpatía á la

casa de Austria, su rival, San Lorenzo no fué para Felipe V ni para sus hijos, lo que había sido en los reinados anteriores.

Enfermo de tercianas, fué á buscar alivio al Real Palacio de Balsaín, y no hallándole, se trasladó á una granja que los frailes de San Jerónimo tenían en Santa María del Parral, á media legua de Segovia. Cerca de ella existía una ermita de San Ildefonso, donde el Rey hizo construir, agradecido á la curación de su dolencia, el magnífico Palacio que hoy lleva el nombre de San Ildefonso ó La Granja, en el cual pasaba larguísimas temporadas, aunque los demás individuos de su familia residiesen en El Escorial.

En una de estas jornadas, el 10 de Enero de 1724, Felipe V renunció la corona en La Granja á favor de su hijo D. Luis, que se hallaba en San Lorenzo, á donde pasó el Marqués de Grimaldi á participárselo.

Pero el Rey D. Luis, primero y único de este nombre, murió de viuelas en el Palacio del Buen Retiro de Madrid el 31 de Agosto del mismo año de 1724, á los 17 de su edad, encargándose otra vez Felipe V del trono el día 6 de Septiembre, y haciendo jurar Príncipe heredero en San Jerónimo del Prado de Madrid á D. Fernando, habido en su primer matrimonio.

Por este tiempo, y siendo Prior de San Lorenzo el P. Fr. Luis de San Pablo, se colocaron en los claustros menores antepedechos de piedra, y se cerraron, como ahora están, con ventanas y cristales todos los arcos de aquéllos.

En la noche del 5 de Septiembre de 1732 una chispa eléctrica incendió otra vez el Monasterio por junto á la torre del Seminario, daño que fué remediado por Felipe V, concediendo 50 pinos de Balsaín y dos títulos de Caballeratos para que se beneficiasen con destino á las obras de reparación.

En 16 de Julio de 1740 falleció en Guadalajara la Reina Doña María Ana de Neoburg, segunda mujer y viuda del Rey D. Carlos II el Hechizado, y su cadáver fué conducido al Panteón de Infantes, aunque en su entierro se produjo grave escándalo, suscitado por los cocheros de la Casa Real, que pretendían apoderarse de los ricos paños de brocado que cubrían el ataúd. Esta señora, cuya viudez fué objeto de muchas vicisitudes políticas, había regalado al Monasterio, para ser depositada en la Biblioteca, una magnífica alhaja, de que nos despojaron los franceses en 1809, que representaba un valor inmenso.

Siguiéronse en El Escorial las exequias por el alma de Doña Luisa Isabel de Orleans, viuda del Rey D. Luis I, y que había fallecido en el Palacio del Luxemburgo de París, á los 32 años de edad, el 16 de Julio de 1742.

En la tarde del 1.º de Septiembre de 1744, otra chispa eléctrica prendió fuego al edificio de la Compañía, en donde además de los daños ocasionados en el hospital, enfermería, panadería, tahona, trojes y fábrica de paños, se quemaron 3.000 fanegas de harina, 10.000 de trigo, 5.000 de cebada, 800 de centeno y 1.200 de garbanzos, ó sean todas las provisiones acopiadas para un año.

El día 9 de Julio de 1746 murió en la Granja el Rey D. Felipe V, que no quiso ser enterrado en el Panteón de El Escorial, sino en la Colegiata de San Ildefonso, sin duda, como hemos dicho, por falta de simpatías hacia la Casa de Austria.

En el reinado de Fernando VI.

Este brevísimo reinado, uno de los más felices y gloriosos para España, se inauguró concediendo Fernando VI al Escorial un título de Indias, que, vendido, produjo 300.000 reales, para atender á la restauración de la Compañía, incendiada, como dejamos apuntado, á fines del reinado anterior.

Por esta época aumentó El Escorial sus posesiones de la siguiente manera.

Don José de Lara Galán había fundado, extramuros de Lima, reino del Perú, y al pie del cerro de los Amancaes, una ermita de San Jerónimo, estableciendo en ella una Comunidad de donados, al modo de la de Santa Catalina de Madrid, dejando por heredero de todas las fincas anejas, á su sobrino, el presbítero D. Diego de Cuadros, para que, después de los días de éste, pasase al Real Monasterio de El Escorial, y en su nombre al Administrador del Nuevo Rezado en Lima, circunstancia que fué cumplida en 27 de Noviembre de 1772.

El 1.º de Noviembre de 1755 ocurrió el memorable terremoto de Lisboa, cuyos estragos, aunque hicieron conmovier el edificio de San Lorenzo, no se manifestaron sensiblemente, gracias á la solidez de su maravillosa fábrica.

Casado Fernando VI con Doña María Bárbara de Braganza, tampoco les fué simpático El Escorial, pues se refiere que aquella señora, cuando la anunciaban la jornada á San Lorenzo, revelaba su disgusto con estas palabras: *Vamos á la compañía de reyes difuntos y frailes amortajados.*

Así, no es extraño que dicha Reina fundara y eligiese para su panteón el Monasterio de las Salesas Reales de Madrid, hoy Palacio de Justicia, y cuya primera piedra se colocó en 25 de Junio de 1750.

Falleció la expresada señora en Aranjuez, corroída de gusanos, el 27 de Agosto de 1758, y su esposo D. Fernando, afligidísimo por esta desgracia, en el castillo de Villaviciosa, provincia de Madrid, el 10 de Agosto del inmediato año de 1759, siendo sepultados ambos en dicho templo de las Salesas.

En el reinado de Carlos III

Era este Rey hijo de Felipe V y de su segunda esposa Doña Isabel de Farnesio; reinaba en Nápoles, y fué proclamado en Madrid el 11 de Septiembre de 1759, y al año próximamente, en 27 de Septiembre de 1760, fallecía, á los treinta y seis años de edad, la Reina Doña María Amalia de Sajonia, siendo colocado su cadáver en el Panteón.

Fué Carlos III, como todo el mundo sabe, apasionadísimo por el ejercicio de la caza; y tratándose de El Escorial, en cuyos bosques se contaban algunas veces 16.000 reses mayores, sin mencionar las crías, asistía á las jornadas con un verdadero ejército de monteros, ojeadores, perreros y arcabuceros que tenían que alojarse incómodamente en el pueblo de El Escorial de Abajo, lo mismo que el gran número de vendedores é industriales que en estos casos seguían á la Corte.

Para acudir al remedio de esta necesidad, el Marqués de Grimaldi propuso, con permiso del Rey, al Monasterio, que éste edificase algunas casas que se podrían alquilar ventajosamente; mas la Comunidad acordó *que era indecoroso para una corporación tan respetable meterse á posadera.*

Al anochecer del día 8 de Octubre de 1763, y por descuido de una planchadora de Palacio, se produjo un nuevo incendio, que se comunicó á un almacén de velas y hachones establecido en una de las habitaciones altas. Tasados los deterioros por el arquitecto D. Juan Esteban en 450.000 reales, por Real orden de 23 del mismo mes, firmada por el Ministro Esquilache, fueron abonados y remediado el daño.

La Corte se trasladó desde La Granja á El Escorial para asistir á los funerales de la Reina Madre Doña Isabel de Farnesio, cuyo fallecimiento ocurrió á principios de Julio de 1765, siendo enterrada en La Granja al lado de su esposo Felipe V.

Hizo el Monasterio, para comodidad de las cacerías del Rey, un trozo de calzada desde El Escorial á la Portería de la Granjilla, que luego se continuó, á costa del Patrimonio, hasta el arroyo del Tercio.

De las obras de Carlos III en El Escorial merecen citarse especialmente la apertura de una mina ó paso subterráneo desde las Casas de

Oficios hasta el Palacio, á fin de evitar á la servidumbre la nieve y vientos que suelen ser terribles en el ancho espacio de la Lonja, y la construcción de unos arcos-corredores que comunican las Casas de Oficios entre sí.

Estas obras las dirigió Fr. Antonio de Pontones, monje jerónimo del convento de la Mejorada, muy reputado por sus trabajos en Castilla. En la obra de la galería se encontró, á los 15 pies de profundidad, una rica mina de amianto, substancia incombustible, que el Rey mandó tapar, colocando en la boca una piedra conmemorativa.

En la Cantina, nombre que lleva la galería subterránea, se puso la inscripción siguiente:

REGE CAROLO III. ATQUE EJUS SUB AUSPICIIS
MARCHIO DE GRIMALDI, IPSUS Á SECRETER MINISTER
PUBLICÆ COMMO DITATI CONSULEUS, VIAM HANC
SUBTERRANEAM SECUNDUM INVENT. ATQUE
PRÆSCRIPT. FORAM A COMITE DE MONTALBO
APERIEND. ANT. PONTONES MONACH. HIERONIM.
COMMISIT, PERFICIENDAM QUE CURAVIT ANNO
MDCCLXX

Que quiere decir en castellano:

Reinando Carlos III, y bajo su Real protección, el Marqués de Grimaldi, su Secretario de Estado, mirando por la comodidad pública, encargó al Padre Fr. Antonio Pontones, monje jerónimo, abriese esta calle subterránea, según la invención y traza prescrita por el Conde de Montalvo, y cuidó llegase á su perfección en el año 1770.

Y en el arco de comunicación de las Casas de Oficios fué colocada la lápida que dice:

UTILE CERNIS OPUS, MANUS EST IMPOSTA SUPREMA
TEMPORE QUO PLAUSUS REGIA TOTA DABAT
LODOICA, QUOD NATUS ERAT CAROLOQUE VENUTUS.
ALTERA SPES, INFANS, REGNA TENENTIS AVI.

Que debe leerse en castellano:

Ve aquí esta obra de utilidad: se concluyó á tiempo que toda la Real Casa se regocijaba por el nacimiento de un hermoso Infante, hijo de los Príncipes Carlos y Luisa, otra nueva esperanza del Rey, su abuelo.

Porque esta obra se terminó el 19 de Septiembre de 1771, día en

que Doña María Luisa de Borbón, esposa del Príncipe de Asturias, Don Carlos, luego cuarto Rey de este nombre, dió á luz en El Escorial al Infante D. Carlos Clemente Antonio de Padua.

En ese año, los Infantes D. Antonio y D. Gabriel mandaron comenzar, para su servicio, la *Casa de Infantes*, bajo la dirección del famoso arquitecto D. Juan de Villanueva, asociado con el Padre Pontones, y la Comunidad, alentada por tan noble ejemplo, mandó construir la *Casa de los Frailes* que, con la de la *Parrilla*, forma en el pueblo una gran manzana.

El Prior Fr. Julián de Villegas sustituyó la reja de madera pintada que rodeaba los jardines de Oriente y Mediodía, con hermoso balcónaje de hierro.

Y en esta campaña de obras, que tanto distingue el reinado de Carlos III, tomaron sus hijos también una parte muy señalada en El Escorial; pues el Príncipe D. Carlos mandó edificar el lindo Casino, que lleva los nombres de *Casa de Abajo* ó *Casita del Príncipe*, primero con destino á palomar, y, según otros, á plaza de toros, pensamiento que varió por el disgusto que ocasionaron á su Padre, transformando aquel lugar en un verdadero museo de bellas artes, en cuya sala de aparador colocó un precioso ramillete tasado en 10 millones de reales, que luego se llevaron los franceses.

Por su parte, el Infante D. Gabriel construyó otro casino, que lleva el nombre de *Casita de Arriba*, al costado occidental del Monasterio.

Carlos III levantó el hospital de San Carlos; el pequeño, pero lindo teatro de la villa, bajo la dirección del arquitecto Villanueva; la Ballistería, las Perreras, el cuartel de Guardias de Corps y el de Fusileros, reformando además notablemente los de Guardias españolas y wálonas, edificados por Felipe V, así como hizo construir la tercera Casa de Oficios, generalmente llamada de los Ministerios.

Cuando en el año 1779 surgió la guerra con la Gran Bretaña, la Comunidad de San Lorenzo suplicó al Rey aceptase, para los gastos, un donativo de 50.000 ducados, que le fué muy agradecido.

En este reinado se regularizó, no sin dificultades y disgustos, la elección de los Priors del Monasterio, merced á la bula del Sumo Pontífice Pío VI, su fecha en Roma, Santa María la Mayor, á 11 de Julio de 1781, aprobando todos los nombramientos reales hechos anteriormente, y estableciendo que para lo sucesivo la elección de Prior se hiciese por los cuarenta monjes más antiguos, en tres votaciones y en otros tantos sujetos, de los cuales el Rey nombrase el que fuera de su gusto.

Estaba entonces la casa del Nuevo Rezado, propiedad del Monasterio de San Lorenzo, en terrenos que hoy comprende el actual Museo